

# Retrato de la frustración: "No volvería a ser labrador ni delante de una escopeta"

Los agricultores prefieren abandonar sus tierras antes que seguir cultivándolas

Rubén Sebastián | Algemés | 31.01.2019 | 22:25

Uno de los dramas más complejos de asumir para una persona es el de darse cuenta de que ha dedicado toda su vida a algo que en estos momentos no tiene valor. Eso mismo es lo que atormenta a cientos de agricultores de la comarca que han visto como en los últimos años su profesión era menospreciada hasta puntos inimaginables. Así de contundente se expresa al respecto Rafael Castell, de Algemés: «Cuando yo me metí en la agricultura era una profesión alegre, ahora no sería labrador ni aunque me apuntaran con una escopeta».



Retrato de la frustración: "No volvería a ser labrador ni aunque me apuntaran con una escopeta"

Estas reflexiones nacen del malestar generalizado de un sector desprestigiado. Se comentan en una tertulia de bar o en un campo con la cosecha tirada por tierra. «Este es el nuevo color del suelo de València», asegura el agricultor alcireño Rafael Montalvá mientras señala el tapiz naranja que sustituye al marrón de la tierra. Coge una clementina del suelo y se la lleva a la boca, consciente de que se ha lanzado a perder un producto de gran calidad pero al que no se le puede sacar rendimiento en un mercado que se ha vuelto refractario. «Total, da igual que estén en tierra o en el árbol, valen lo mismo», añade.

Los productores difícilmente recuperan la inversión mientras que en los mercados los precios de esas naranjas multiplican el exiguo dinero que ellos reciben. Es un mantra que tienen interiorizado. «Planta lo que quieras que te arrepentirás», asegura Castell.

## El dinero no llega al productor

Para Ricardo García, «la citricultura es como un enfermo terminal». «La Unión Europea no toma cartas en el asunto y la cadena de distribución es un desastre. No puede ser que nosotros tengamos un precio de producción que supera los 20 céntimos el kilo y que el de compra se haya

reducido hasta los 10. Mientras tanto, las grandes superficies mantienen los precios», añade. Él ya ha arrancado sus árboles, tal y como informó este rotativo hace unas semanas. Estaba harto de perder dinero. No es el primero en hacerlo y tampoco será el último, visto el panorama actual.

«Yo recibí el campo de mis padres, pero lo he acabado abandonando», asegura Ángel Aparisi, que prosigue: «Ahora estoy pensando en talarlo porque no vale la pena; a mis hijos no les dejaré esto». Montalvá también ha dejado que sus tierras se lancen a perder: «Cuesta más el riego de lo que vale la naranja. La fruta no vale nada pese a que es buena. Tengo 33 hanegadas abandonadas y aunque tengo otros campos en activo, seguramente también los dejaré perder». El mensaje que trasladan es el de un claro «sálvese quien pueda». «La citricultura valenciana está condenada a morir y la Comunidad Europea nos ha dado los santos óleos. Al final, mejor que se muera el campo que nosotros», concluye apesadumbrado García.